

JULIO LÓPEZ-BERMEJO

Las diez garzas

y otros relatos



LAS DIEZ GARZAS

El asedio

Fue en los últimos tiempos de la dinastía Song cuando los ejércitos mongoles de Mongke Kan pusieron sitio a la ciudad de Chongqing, ubicada en una isla sobre el río Jialing, en la China meridional.

Aparecieron de repente en ambas orillas, al otro lado de la corriente, como una plaga de langostas, como un mar de serpientes, tantas y tantos eran sus tiendas y sus jinetes.

Aunque separados de las murallas de la ciudad por la frontera azul del agua, se fueron desplegando sobre los márgenes del río, cubriendo una extensión que no se alcanzaba a divisar con la mirada.

Pronto la inquietud se extendió entre los habitantes de Chongqing, pues sabían bien que los mongoles no pretendían negociar su rendición, sólo matarlos a todos y apoderarse del botín de sus casas.

Pero la inquietud no se transformó en pánico. La gente entendía que por muy poderoso que fuera el ejército de Mongke Kan, que dirigía personalmente la expedición, debería enfrentarse a un defensor no menos potente y peligroso: las aguas del

Jialing, las eternas aguas del río que acunaban su isla con la canción de las olas, el murmullo de sus remolinos.

Porque los mongoles no sabían navegar. Eran un pueblo de la estepa, invencibles en campo abierto y en el asedio terrestre, pero inseguros e inexpertos en atravesar ríos y mares. Sus caballos detestaban la inseguridad y el movimiento vacilante de las cubiertas o las bodegas de los barcos. Preferían la durísima tierra de las inmensas llanuras que sus cascos hacían saltar cuando se lanzaban al galope espoleados por los gritos salvajes de sus jinetes. Pero el agua era blanda y sus pisadas se hundían en la nada. Y del aprovechamiento de esta circunstancia, tal como mucho tiempo atrás les enseñara el sabio Sun Tze, obtendrían su fuerza: La invencibilidad es una cuestión de defensa —había dicho—, la vulnerabilidad, una cuestión de ataque. Por ello se parapetaron detrás de sus murallas... y esperaron.

Y el ataque no tardó en llegar. Los mongoles eran expertos en el arte del asedio y en el uso de ingenios de asalto que una vez empleados eran desmantelados y transportados en caballos para ser reconstruidos ante un nuevo bastión enemigo. Los ingenieros que construían estas máquinas eran reclutados entre los cautivos, la mayoría de ellos de China y Persia, pues cuando masacraban a una población entera, casi siempre perdonaban a los técnicos, sumándolos a sus ejércitos. No hacía ni dos años habían arrasado con el empleo de estos ingenios la ciudad de Dali en Yunnan. Sin duda los hombres que ahora estaban construyendo las máquinas de guerra que emplearían contra ellos eran algunos de sus desdichados habitantes.

Y así, muy pronto, las piedras, volando sobre el curso del río, empezaron a caer sobre las murallas y las casas de Chongqing como gruesas gotas de lluvia. Ninguna embarcación a su alcance

podía entrar ni salir de la ciudad. Por ello, el hambre empezó a corroer el espíritu de sus habitantes, que, no obstante, seguían confiando en sus muros y en el río. Pero no se puede esperar eternamente escondido tras de un parapeto cuando las provisiones menguan y el temor y la angustia se va instalando en el corazón de las gentes. Nadie ignoraba el destino de los vencidos por el kan. Por esta razón, cuando llegó la luna de abril, se reunió el Consejo de la Ciudad para tratar de hallar una salida. Tres hombres lo formaban: Feng, el alcalde; el general Whang y Yang, el encargado de la economía y las ceremonias.

Tampoco Mongke Kan en su tienda estaba satisfecho con el curso de los acontecimientos. La primavera y el deshielo habían aumentado sobremanera el cauce del las aguas del río y un asalto directo con sus tropas atravesando en improvisadas embarcaciones las aguas turbulentas, al alcance de las armas chinas, se le asemejaba un plan demasiado arriesgado. No deseaba exponerse a una derrota, aunque no se tratase de una derrota decisiva. Porque el Khan estaba enfermo. Hacía tiempo que sabía que la muerte había posado la mano en su espalda y que su final sólo era cuestión de tiempo. Y no quería marcharse perdiendo una batalla. Quería ser recordado como en invicto sucesor del gran Gengis Kan, el fundador del imperio. Y, sobre todo, quería conquistar y arrasar aquella ciudad que se oponía a su poder.

Fue más tarde, paseando junto al río a la puesta del sol cuando, viendo casualmente combatir una garza y una serpiente, se le ocurrió una idea. Una sencilla forma de vencer a los chinos sin exponerse a ningún riesgo. Satisfecho por su descubrimiento regresó apresuradamente a su tienda y convocó a sus generales.

Reunidos en la Alcaldía, el alcalde Feng decía:

—No podremos resistir mucho tiempo más sin provisiones. La gente está hambrienta y asustada. No tardará mucho en estallar el pánico. Hemos de buscar una solución.

Y el concejal Whang:

—¿Y qué vamos a hacer? Rendirse ahora no nos salvará del saqueo y de la muerte. Tenemos soldados para defender, durante cierto tiempo, las murallas ante un asalto directo, pero no para atacarles. Además, el río es ecuánime. Nos separa por igual. ¿Qué vamos a hacer?

Y el concejal Yang:

—Os dije que debíamos haberles abierto las puertas cuando llegaron, tal vez así nos hubieran perdonado la vida.

Y de nuevo el alcalde Feng:

—¿Y cómo te habrías justificado ante el emperador por entregar la ciudad sin lucha?

Y Yang:

—¡Pues danos tú la solución, señor alcalde; ¡Dinos cómo salvaremos las vidas de los habitantes de Chongqing!

Y por último Feng:

—No lo sé. Debemos esperar el final con honor.

Y entonces se abrió bruscamente la puerta del Salón de Reuniones y un mensajero se precipitó ante los reunidos. Venía jadeando, con la cara descompuesta. Saludó brevemente y apenas pudo balbucir estas palabras:

—¡Mongke Kan envía un emisario! Está atravesando el río.